

EL VENGADOR DE LA CONCHA

Era el tiempo de la sangre
por la vena de la historia,
cuando caída la Patria,
con sus dos rodillas rotas,
levantaba la cabeza
y apretujaba la boca.

Chacales rubios mordían
la antigua entraña gloriosa
donde con brazos de agua
los grandes mares se tocan.
De eso hace ya una centuria:
pasó un siglo desde Walker.
Los machos han invadido
el templo de la Patrona
y han derribado su altar
y el dosel que lo corona.
La Imagen de Concepción,
que llaman todos La Concha,
que en el antiguo Castillo
fué celestial defensora,
la que nos llegó a Granada,
flotando sobre las olas,
la Imagen, gracias a Dios,
arropada en una colcha,
fué sacada a media noche
por cuatro damas piadosas,
que entraron a rescatarla
exponiendo vida y honra
y a la isla de la Venada
la lleva secreta escolta.

Pero su templo, invadido
está aún de hereje tropa,
la que derribó su altar
y el dosel que lo corona.

Por la calle que va al Lago,
la que Calzada se nombra,
viene un hombrón gigantesco
con manos como dos losas
y horribles cicatrices
sobre la oscura carota.
Es Bartolo Sandoval,
al que apodaban "La Loca";
que en la acción de San Jacinto
contribuyó a la victoria!
Trae un machete bajo el brazo
que pesa como una arroba;
viene con Ignacio Rivas
que es sobrino de su esposa,
y caminan en silencio
recatándose en la sombra.

Una bala disparada
desde dentro la Parroquia
abre a Rivas el estómago
y cae sobre su boca.
Bartolo no se detiene

grita arriba con voz ronca:
"Que Dios te ayude; yo voy
a vengar a la Patrona."

Llega encendido a la plaza
donde envueltos en la sombra
los corrillos permanecen
conversando a esa hora
bajo las negras arcadas
de las ilustres casonas.

Todos le escuchan con ánimo;
él con ánimo rezonga,
pero todo es en voz baja
para que los yankes no oigan.
Señala con su machete
los muros de la Parroquia
y jura que ha de vengar,
acompañado o a solas,
la afrenta de la ciudad
y el ultraje a su Patrona.

"Cómo, dice, dejaremos
dormir esa infame tropa
sus inmundas borracheras
en la Iglesia de la Concha,
con su baldaquín destruido
y el dosel que lo corona,
y el altar donde su cara
blanqueaba como la aurora,
y su risa florecía
en la luz, como una rosa".

Bartolo blande el machete
que pesa como una arroba
y los cita a media noche
hacia atrás de la Parroquia.

En la tapia que divide
la Sirena y la Parroquia,
con mesas del vecindario
subida una sobre otra,
van entrando con sigilo
uno a uno los patriotas.

La consigna es el degüello
de toda la hereje tropa.
Bartolo contará "tres",
a gritos, con su voz ronca,
y empezarán los machetes
su justiciera salmodia.

En el sagrado recinto
profanado por la tropa,
Henninseng en una esquina,
sobre un viejo altar las botas,
leía con una vela
despachos de William Walker.

Ebrios y medio desnudos,
entre barajas y copas,
hacinados sobre el suelo,
mocetones rubios roncan.

Cabezas rotas de santos
con un cigarro en la boca,
y damascos y brocados
sucios zapatos enlodan.

Centinelas en las torres
cantan canciones hermosas
que nombran al Mississipí
y recuerdan a Sonora.

Coyotes largos apuntan
a la noche silenciosa
mientras Hennings bosteza
contestando a William Walker.

Es ya más de media noche
y entre la callada sombra
un vocerrón como trueno
los negros silenciosos corta:
"Uno, dos, tres, adelante",
el vocerrón alborota.

"Que no quede uno con vida
de estos hijos de la jota,
que todo les perdonamos
mas no el ultraje a la Concha.

Viva la Concha.
Viva la Concha.
Viva la Concha".

Los machetes rechinaban
aquella noche espantosa,
y la sangre a corrientadas
corría por las baldosas.

Disparos e interjecciones
estremecían las bocas
Los yankees gritaban lívidos:
"La Loca; venir La Loca";
mientras el machete inmenso,
pesado como una arroba,
toda cabeza amarilla
la dejaba abierta y roja,
y el vocerrón sobre el ruido
tronaba: "Viva la Concha".
Viva la Concha,
Viva la Concha".

Por la Calle que da al Lago,
la que Calzada se nombra,
bajo el blancor engolado
que distribuye la aurora
van los yankees medio muertos
huyendo de su derrota.

Cadáveres y heridos,
tendidos en las baldosas,
sobre camino de sangre

quedaron en la Parroquia.
La Sulfana ha de pagar
muy cara su hazaña hermosa,
y un incendio ha de costarle
esa página de gloria.
Donde es hoy San Juan del Sur,
que antes era por la Ronda,
en una vieja tijera
un hombrón está boqueando
atacado por el cólera,
que es la peste que a la guerra
siempre sirve como escolta.

Es Bartolo Sandoval,
al que apodaban "La Loca",
que tres días antes diera
a Granada tanta gloria
matando cuarenta yankees
que ultrajaron su Patrona.

Sus dos manos al machete
se aferran bajo la colcha,
mientras los ojos de fiebre
se le salen de las órbitas,
el vocerrón no apagado
ni en la agonía del cólera,
brota entre dientes con fuerza:

"Viva la Concha,
Viva la Concha,
Viva la Concha".

Quién recuerda hoy esta hazaña,
Quién canta esta gesta hermosa,
quién le repite a los niños
aquellos nombres de otrora,
que en las páginas antiguas,
perdidas ya en la memoria,
dieron lustre a los linajes
y a esa tierra dieron gloria?

De Bartolo Sandoval,
al que apodaban "La Loca",
héroe de cien leyendas,
El Vengador de la Concha,
que mató cuarenta yankees
con machete de una arroba,
y que tres días después
agonizaba del cólera,
todo ha caído al olvido,
nadie ni el nombre menciona,
hasta el sitio se ha olvidado
donde sus huesos reposan,
donde debiera tener
una gran cruz muy preciosa
y en el pedestal grabadas
estas letras en su losa.

"Viva la Concha,
Viva la Concha,
Viva la Concha".

ENRIQUE FERNANDEZ